

sea a la geografía o a las circunstancias histórica que a veces obligan a asentarse en un lugar donde jamás se había pensado o deseado.

La ciudad de Santiago se integra, desde el inicio, por medio de las ordenanzas que Valdivia sigue al pie de la letra, en un proyecto utópico español. En ese caso se inserta, además, como pieza esencial de la invención de Chile, sin que se pueda separar uno de otro. Esto último se produce por medio del contramito que opone al creado por Almagro, con la doble intención, Valdivia, de exhortar a sus acompañantes en ocasiones de vacilación y de convencer a la Corona, a quien demanda apoyo. Porque, hasta donde se sabe, Chile no existía como unidad conceptual ni imaginaria hasta la llegada de los europeos. Los españoles crean ese lugar, ese *topos* y esa unidad política⁵. Hasta entonces, los indígenas sólo habían podido describir fragmentariamente a los españoles el territorio que va desde el sur del Perú hasta el valle del Maule, un territorio poco explorado, aunque no desconocido, por estar bajo dominio inca. Del sector más austral, ocupado por los mapuches y, más al sur aún, por pueblos indígenas anteriores a los mapuches, poco o nada se sabía en el Perú. En medio de ese mundo desconocido, Valdivia crea el primer lenguaje místico-imaginario de un Santiago-Chile, entrecruzado con lo real, para dar significado a algo que inicialmente, para los españoles, no lo tenía, es decir, para inventar un *topos*.

Segundo tiempo: claroscuros de la utopía

Cuatrocientos cincuenta años después, a fines del siglo XX, la invención de Santiago ya se encuentra consolidada. Entonces surgen nuevas voces, que dan nuevo contenido a ese invento o que tratan de modificar su signo. A fines del siglo XX, el escritor Jorge Guzmán convierte a una mujer en el personaje central de su novela *Ay mamá Inés (crónica testimonial)*⁶, la cual, según se plantea en la contratapa, pretende ser una reflexión «sobre nosotros mismos», a pesar de que es una obra de ficción. ¿Quién es ese «nosotros mismos»? ¿Los chilenos? No, la reflexión sobre el «nosotros mismos» es sobre los santiaguinos, reiterando con ello el hecho de que la invención de Santiago se identifica con la invención de Chile, lo que se repite desde 1541 hasta la

⁵ *Las fronteras de ese topos no eran exactamente las de hoy, pero la estructura de esas fronteras es la misma que en la actualidad.*

⁶ *Editorial Andrés Bello, Santiago, 1993.*

actualidad. La mujer es Inés de Suárez, jamás mencionada en la correspondencia oficial de Valdivia, amante de él y pieza clave en la defensa de Santiago, quien a pesar del silencio del conquistador gana, poco a poco, un lugar cada vez más prominente en la memoria y en la ficción de Santiago.

En la novela de Jorge Guzmán Inés se vuelve el eje de Santiago, Inés, la líder de la población y de la milicia cuando la ciudad está a punto de perecer en manos indígenas porque Valdivia se halla fuera para aplastar una rebelión indígena, momento que éstos aprovechan para atacar la capital. Guzmán describe esa situación así:

«Acaba de llegar Michimalongo, con tropas frescas –anunció Villagra.

– [Inés] Si no hacemos algo ahora, creo que nos matarán a todos.

[...]

– Dudamos, señora –dijo Monroy–, entre matar a los siete caciques prisioneros o dejarlos ir. Parece que se empeñan con ese tremendo coraje porque quieren liberarlos.

– Si ellos muestran las cabezas de los nuestros, será para desanimarnos –conjeturó Inés–. Hagámosles lo mismo a ellos. Decapitémosles a sus caciques y les mostramos las cabezas.

[...]

[Tres soldados] Resistieron todavía la orden expresa de Inés de que ejecutaran a los caciques [...] Entre tanto los caciques los insultaban, los escupían, los desafiaban a que los mataran. [...] Sin furor, solamente pensando en triunfar, en que la muerte de sus caciques podía desalentar a los atacantes, en cambiar el apocamiento de los guardias, Inés sacó de súbito la espada y la clavó en el pecho del más robusto de los prisioneros» (186).

[...]

Al día siguiente del ataque, todos los habitantes de Santiago eran pobres de solemnidad. No tenían más vestido del que llevaban puesto. Carecían de habitación, excepto Aguirre. El grano estaba todo quemado o tostado, menos dos almuerzas de trigo sano y sembrable, es dos veces lo que cabe en el cuento de las manos juntas. De sus aves, sólo le quedó una polla y un gallo. De sus cerdos, dos cochinitas y un verraco» (189).

Pero el Santiago que aparece en *Ay mamá Inés* ya no es un Santiago de la edad de oro, al menos no en el sentido que lo es para el ideal de conquista. Santiago, para Inés, es el sitio donde se consume y extingue la utopía. Allí vive Inés con él, al menos cuando sus ocupaciones lo retienen en la ciudad, pero al cabo de los años, aunque permanezcan

en la misma ciudad, no podrán permanecer juntos. En su calidad de Capitán General de Chile, Pedro de Valdivia viaja a Perú para apoyar a las autoridades españolas, representadas por La Gasca, con motivo de la disputa que mantienen con Gonzalo Pizarro. El conflicto estalla con motivo de que éste lidera a quienes se oponen a la aplicación de las Nuevas Leyes, más favorables a los indígenas. Tras el triunfo realista y ajusticiamiento de Pizarro, Valdivia es enjuiciado (con Pizarro había acordado la expedición a Chile). Finalmente es absuelto y, más aun, el Virrey lo eleva a la calidad de gobernador de Chile, cargo de mayor jerarquía y con mucho más respaldo que el nombramiento previo por el cabildo. La consolidación de la ciudad en el sentido urbano, político, económico y militar, y el ascenso político de Valdivia traerán consigo que no sean los indios quienes le arrebaten Pedro a Inés, aunque le matan en 1553, sino las exigencias de las buenas costumbres que debe mantener un alto representante de la Corona en Chile, exigencias a las que Valdivia se pliega, aun a precio de abandonar a Inés, esto último según *Ay, mamá Inés*. Valdivia, por estar ya casado en España, no podía tomar mujer legítima en América y, al aumentar su jerarquía en el gobierno colonial, no puede, tampoco, vivir en concubinato público. Inés, pieza importante en la vida de Valdivia, estaba condenada a pasar a un papel cada vez más secundario a medida que la conquista se afirma, es decir, a medida que el poder, la burocracia y las costumbres peninsulares se consolidaban, disminuyendo el aislamiento de Chile respecto de la metrópoli. El ascenso social y económico es parte de la utopía de la Conquista, sin embargo, con él viene también la obligación de someterse a los poderes que se ha dejado atrás.

Cuando regresa triunfante a Santiago, Pedro la aleja para siempre de él. El triunfo de Valdivia es, para Inés, el fin de Santiago como cobijo de la utopía amorosa y quizás de toda utopía. Jorge Guzmán, en *Ay, mamá Inés*, en un monólogo de ella, enferma, describe así la situación:

«Creo que de eso me esto muriendo, Pedro, de triunfo y deseos satisfechos [...] él único que no se me cumplió fue a tu triunfal regreso del Perú siguiéramos viviendo juntos» (242).

Nada se dice en la novela de la muerte de Pedro de Valdivia, lo que da cierta perennidad a los hechos narrados en ella y al estatuto de la ciudad fundada por él. Nada se dice del terremoto que la destruiría años después. La narración concluye en un presente sin fin que reflexiona sobre un pasado cuyo tono es un aorismo. Inés permanece en

Santiago, sobrepasada por las circunstancias y muda ante la muerte de Pedro de Valdivia, de la que nada se dice. A partir de entonces la ciudad vive independientemente de su fundador y de su suerte. Desaparece éste, pero Santiago ya tiene vida propia, otros la nombran y, con ello, la interpretan fuera de lo que exigen el ideal de conquista y las ordenanzas. Con Inés, Santiago deja de ser el sitio de la edad dorada, donde las almuerzas se transmutan en hanegas, y la edad de oro se transforma en otra de claroscuros.

Tercer tiempo: desintegración y rebelión

En la misma línea, pero en tono irónico y apocalíptico, en 1998, poco después de ese reflexionar sobre el pasado del «nosotros mismos» se publicó *2010: Chile en llamas*, de Darío Oses⁷. Esta novela reitera la centralidad de la capital y la identificación del país con ella, y reitera también un tipo de reflexión, no tanto sobre una identidad fruto del pasado, sino de su desmembramiento. Los acontecimientos principales son los siguientes: en 2010, fecha del bicentenario del Chile independiente, ya nadie recuerda ni los héroes ni la historia. Ha triunfado el liberalismo, de forma que el Estado es insignificante y que todos los bienes y servicios se transan en la más absoluta libertad, incluyendo las drogas. Las tareas militares son asumidas por la Corporación Cóndor, que vende servicios de defensa de fronteras, de espionaje y otras actividades semejantes a quien se los pague. Las ceremonias y honores castrenses son realizados por otra institución, el Regimiento Patria Nueva, que reúne a algunos de quienes, ya muy envejecidos, admiran al general que instauró dictatorialmente el régimen neoliberal que es justamente la causa de que incluso el ejército haya sido sustituido por una empresa que vende servicios. El general muere, pero la nación ultraliberal ha tenido tanto éxito que nadie quiere recordar los tiempos dictatoriales y la única preocupación del pueblo es el fútbol y el consumo. Por eso mismo, nadie quiere hacerse cargo del cadáver, excepto el Regimiento, que lo secuestra y lo esconde, apoyado por el hecho de que una empresa le hecho una donación benéfica: armas. En medio del caos producido por un desastre futbolístico de la selección nacional y por la muerte del general, políticamente más grave pero del

⁷ Oses, Darío; 2010: Chile en llamas. Editorial Planeta, Santiago, 1998.